

T

Taciturno, silencioso.

Taciturno, como *tácito*, viene de *ta-
cēre*: significa que no habla.

Silencioso viene de *silere*, que en latín significa no hacer ruido.

Siendo el hombre la única criatura que habla, sólo al hombre puede aplicarse la voz *taciturno*, puesto que solamente aquel que habla es quien puede callar, como solamente el que tiene razón es quien puede volverse loco.

Siendo muchas las cosas que pueden ser causa de ruido, á todas esas cosas es aplicable la voz *silencioso*.

Cara *taciturna*, aspecto *taciturno*.

Bosque *silencioso*, noche *silenciosa*.

Sería absurdo decir: aspecto *silencioso* ó noche *taciturna*.

Tajar, cortar.

Puede *cortarse* con tijera, navaja, cuchillo, espada, puñal, hoz, hasta con los dientes.

No puede *tajarse* sino con el tajo.

Corté á Fulano, querría decir que le hice una cortadura; *tajé á Fulano*, significaría que le hice pedazos.

Se *corta* una pluma; se *taja* un pernil.

Tajo tiene la misma etimología que

tasa, porque al dividir las cosas en partes ó fracciones, parecen medirlas y *tasarlas*.

Talante, talento.

Talante representa una forma de *talento*, en el sentido de voluntad, que fué el primer figurado que tuvo en el romance. Así lo demuestra incontestablemente el francés *mal talent*, *mal talent*, sinónimo de malignidad, de negra envidia, y el italiano *mal talento*, *mal talento*, *talento* malo, odio, rencor: *rancore*, *mala voglia*; rencor, mala voluntad.

Por consiguiente, *talante* significa *talento*; en el sentido de intención, de ánimo, de espíritu, dando á espíritu una de sus más profundas significaciones: la significación moral, el sentimiento de la conciencia.

El *talante* es el *talento* de la voluntad y del corazón, como el *talento* es el *talante* de la inteligencia, de la meditación, del raciocinio.

Hay un *talento* que reflexiona: es el *talento*; hay otro *talento* que siente: es el *talante*.

Talento, genio.

Se ha dicho que el *genio* se diferen-

cia del *talento* en que el *genio* crea y el *talento* comprende.

Hubo un tiempo en que nosotros participamos de la misma opinión; pero habiendo meditado más sobre el asunto, hoy somos de distinto parecer.

Hoy opinamos que, si el *talento* no consistiera en otra cosa que en la facultad de abrazar ideas sintéticas ó universales, porque esto es lo que se entiende por comprender, se llamaría comprensión ó comprensibilidad, no *talento*.

Opinamos que el *talento* crea como el *genio*, y que no se distingue del *genio* sino en que es diferente la esfera de su creación.

El *genio* crea con el sentimiento y la fantasía.

El *talento* crea con la mente.

El *genio* crea imágenes, figuras, tipos.

El *talento* crea concepciones, sistemas, inventos.

El *genio* fascina es: encanto.

El *talento* convence: es demostración.

El *genio* viene á ser como el rey del arte.

El *talento* es el rey de la ciencia.

Ambas palabras arrastran al mundo; pero el *genio* lo arrastra con el espíritu de la belleza; el *talento*, con el espíritu de la verdad.

Talle, cintura.

Talle es lo que anuncia la *talla*, y de aquí nacen *tallar*, que es dar contorno ó *talle* á lo que se graba ó esculpe; *tallo*, troncho de las legumbres que indica la *talla* ó la estructura de la planta; *taller*, oficina en donde se *talla*, etc.

Cintura es lo que se *ciñe*, y de aquí provienen nuestras voces *cinta*, *cinto*, *cíngulo*, *ceñidor*, *ceñir*, *recinto*, *cincha*, *cincho*, *cinturón*, *cintarazo*, etcétera.

Conocemos á todo el mundo por el *talle*.

A nadie conocemos por la *cintura*.

El *talle* es garbo, moldura, contorno.

La *cintura* no es más que esbeltez.

Tapete, tapiz.

Estas dos voces son de origen persa, según Nodier. El historiador griego Xenofonte las emplea para designar cierta especie de tejido que los persas usaban, y que no tenía equivalente entre los griegos. De donde se debe inferir que el *tapete* era persa, al igual del vocablo *sátrapá*, que el propio historiador tomó de aquella lengua.

El latín llama al tapete *tapes*, *tapetis*, del griego *tapēs*, de donde proceden nuestras voces *tapar*, *tapada*, *tapia*, *tapiar*, *tapujo*, etc.

El *tapete* cubre.

El *tapiz* engalana.

Quien dice *tapete* dice cobertera.

Quien dice *tapiz* dice alfombra.

El *tapete* es decencia.

El *tapiz* es lujo.

Tapia, pared, muro.

Créese que *tapia* viene de *obstipo*, *obstipas*, que equivale á cerrar ó cubrir, como si dijéramos *tapir*.

Pared se origina de *paries*, *parietis*, nombre derivado de *par*, *paris*.

Muro viene de *munire*, fortificar, como *munición* y *muralla*.

Llámase *tapia* porque *tapa*.

Llámase *pared* porque las *paredes* están *pareadas*.

Llámase *muro* porque fortifica ó defiende.

La *tapia* es valladar.

La *pared*, ángulo.

El *muro*, fortaleza.

Tardo, tardío.

Tardo es lo que se mueve con lentitud.

Tardío, lo que viene tarde.

Tardo se refiere al movimiento.
Tardío, á la sazón.
Hombre *tardo*, fruto *tardío*.
Lo contrario de *tardo* es ligero.
Lo de *tardío*, temprano.

Tartamudear, balbucear.

Tartamudear es un vicio orgánico.
Balbucear puede venir de falta del necesario desarrollo, como sucede en las criaturas, ó bien de una impresión moral, como sucede al que recibe una sorpresa.

Articular las voces interrumpidamente por un defecto de los órganos, es *tartamudear*.

Articular interrumpidamente por circunstancias accidentales, es *balbucear*.

Así es que conocemos á muchos *tartamudos*, mientras que no podemos conocer á ningún *balbuciente*.

Tasa, medida.

Tasa viene del griego *taxis*, que tiene la misma significación.

Medida se deriva de *modus*, de donde los latinos sacaron *mos*, *moris*, la costumbre, y de donde provienen nuestras voces moral, moralidad, moralmente, modo, molde, modelo, moderación, medir, medida, etc.

La *tasa* es regla.

La *medida* es precepto.

La *tasa* conviene á la salud.

La *medida* conviene á la conducta.

Para vivir mucho se necesita vivir con *tasa*.

Para vivir bien se necesita vivir con *medida*.

En una palabra, la *tasa* es conveniencia.

La *medida* es moralidad.

Teatro, coliseo.

Teatro, *theatrum* en latín, *theatron* en griego, viene del verbo *theaomai*, que significa contemplar, porque des-

de el *teatro* contemplamos el espectáculo que se representa.

Coliseo viene del griego *kolossos*, *colossus* en latín, que equivale á grandeza.

De modo que *teatro* significa contemplación.

Coliseo significa coloso.

El *teatro* nos distrae.

El *coliseo* nos asombra.

Esto demostrará la falta de juicio con que usamos de estas dos palabras. Decimos *teatro* Real y *coliseo* del Príncipe: al revés.

Techo, techumbre.

Figurémonos que estamos en un monte, desde el cual vemos los tejados de una ciudad. ¿Podemos decir que desde aquella altura divisamos el *techo* de la población? De ningún modo. Si dijéramos que veíamos el *techo* de la población daríamos á entender que veíamos una sola vivienda, un solo hogar, porque una vivienda es la que tiene un *techo*. Hablando de este modo, no expresaríamos nuestra idea, porque lo que queremos decir, al ver una ciudad desde un monte, es que divisamos un *techo* indefinido, múltiple, general; una serie de *techos*, puesto que divisamos una serie de casas, y cada casa tiene su *techo*.

¿Podemos decir que divisamos la *techumbre* de la ciudad? Indudablemente. ¿Por qué? Porque la voz *techumbre*, como casi todas las voces de la misma terminación, significa ideas colectivas, grupo, sistema.

La *techumbre* es el *techo* múltiple, indefinido, general, de que hablamos antes; es la serie ó el sistema de *techos* que realmente descubrimos cuando vemos á una ciudad desde un alto, y por esta razón podemos decir la *techumbre* de una ciudad.

Esto explica también que no llamamos *techo celeste*, sino *celeste techumbre*, á la bóveda en que alumbran los

astros. Si la denominásemos *techo*, significaríamos que nos cubría parcialmente, que *techaba* una parte del mundo, porque hablar de un *techo* es hablar de una casa, y el lector comprende que no hay similitud entre una casa, que es el amparo de una familia, y la bóveda del firmamento, que es el amparo de toda la tierra.

El cielo no es un *techo* parcial, sino universal, universalísimo, y por esto se le llama *techumbre*.

Tedio, fastidio.

Ambas palabras se derivan del latín *taedeo*; pero en la composición de *fastidio* entra el adverbio *fatim*, que significa abundantemente, como si fuera una forma de *satis*, bastante. *Fastidio* se compone de *fatimtaedeo*: mucho *tedio*, *tedio* abundante.

De modo que *tedio* es un término positivo.

Fastidio es un término aumentativo.

El que vive en la cárcel siente *tedio*.

El que vive con una vieja impertinente siente *fastidio*.

El *tedio* es una desventura.

El *fastidio* es una desesperación.

El amor, la familia y la diligencia son los remedios únicos contra esas terribles enfermedades de nuestro espíritu. Otro remedio se conoce, pero es de imposible consecución: NO TRATAR CON TONTOS.

Teja, tejo.

Teja, *tegula* en latín, viene de *tergo*, *tergis*, de donde nacen *techo*, *techumbre*, *techado*, palabras todas que expresan la idea de cubrir.

Teja es lo que forma el *tejado*, lo que cubre, lo que nos guarda de la intemperie, de donde procede la idea de amparo, significada por las palabras *proteger*, *protector*, *protectorado*, *protección*, *protegido*. En efecto, *prote-*

ger no significa más, etimológicamente hablando, que cubrir, *techar*, poner *tejas* en nuestro *tejado* para estar resguardados y seguros.

Tejo tiene la misma procedencia, y es una *teja* redondeada con que los muchachos ejecutan el juego que lleva el mismo nombre.

La *teja* cubre.

El *tejo* se arroja.

Temblar, estremecerse.

Al ver á su contrario, *tembló*.

Al dar el verdugo la última vuelta, el ajusticiado se *estremeció*.

Vino la noche y *temblé* de frío.

Un calambre eléctrico me corría por toda la espalda, y me *estremecí*.

Temblar de indignación, de soberbia, de furia.

Estremecerse de espanto.

Este último verbo expresa un movimiento más concentrado, más profundo, más superior á nuestra voluntad.

El que *tiembla* sabe que tiembla.

El que se *estremece* no sabe nada.

Temblón, trémulo, tembloroso.

Temblón supone vejez ó enfermedad.

Trémulo, impaciencia ó cólera.

Tembloroso, dolor ó espanto.

Viejo *temblón*, mano *trémula*, acento *tembloroso*.

Temperatura, clima.

Temperatura viene de tiempo, como intemperie.

Clima viene del griego *klima*, que significa grada, peldaño, escalón, porque efectivamente es como la grada de las estaciones que nos lleva al calor ó al frío.

La *temperatura* es privada, local, fortuita.

El *clima* es geográfico, natural, inmutable.

Así decimos: la *temperatura* del café.

Nada más absurdo que decir: el *clima* del café.

Templanza, temperancia.

La *temperancia* dice relación á los sentidos: la *templanza* se refiere más bien á los sentimientos y á los caracteres.

La *temperancia* es un bien para el cuerpo: la *templanza*, un bien para el ánimo.

Nos *temperamos* con el fin de estar saludables; nos *templamos* con el fin de ser comedidos.

La *temperancia* es casi higiene; la *templanza* es moral.

Quien quiere vivir mucho sin dolores, se *tempera*; quien quiere vivir mucho sin remordimientos, dejando memoria y ejemplo de sí, se *templa*.

En una palabra; la *temperancia* es la *templanza* de la sensualidad; la *templanza* es la *temperancia* del genial, del trato, de la educación, de las costumbres.

La vida del hombre tiene dos talismanes: *temperancia*, en el régimen; *templanza*, en la conciencia.

Templo, iglesia, catedral, basílica.

En una palabra de sinónimos dirigida por el ilustrado y celoso D. Pedro María Olive, académico de la lengua y de la historia, leemos que *templo* se emplea únicamente cuando consideramos estos edificios como habitados particularmente por la divinidad.

Nosotros contestamos que el *templo* puede consagrarse á seres y virtudes que no son Dios, como si levantáramos *templos* á la gloria, á la ciencia, á la fama, al genio, al valor, á la guerra, y claro es que no siendo edificios consagrados á la divinidad no podríamos considerar que la divinidad los habitaba particularmente.

Nos parece que en la definición anterior no se comprende bien el sentido especial de la palabra *templo*.

«*Templo*, dice la misma obra, expresa alguna cosa más augusta que *iglesia*.»

Nosotros creemos que el *templo* pertenece á las antiguas civilizaciones, porque es el mármol amontonado por la idolatría que quemó incienso á Belo, Júpiter, Minerva, Jano, Venus, Apolo y cien otras deidades ó mitos fabulosos.

Por el contrario, *iglesia* es el nombre de un monumento de nuestra fe.

El *templo* es grande, bello, mitológico.

La *iglesia* es oscura, callada, solemne, triste, religiosa.

El *templo* es la apoteosis de la arquitectura de los asiáticos y de los griegos; es una epopeya del arte genético; la epopeya de un mundo en que hacían de genios la fantasía y el placer.

La *iglesia* nos habla de un poema de otra clase: nos habla de un poema de nuestra alma; es un poema que se llama oración.

El *templo* nos asombra.

La *iglesia* nos recoge.

En el *templo* se ve ve la magnificencia del mundo.

En la *iglesia* se ve la magnificencia del espíritu.

El *templo* es edificio.

La *iglesia* es familia.

El *templo* es arte.

La *iglesia* es religión.

Si pudiera probarse que el *templo* tiene alguna cosa más augusta que la *iglesia*, se probaría que la gentilidad tiene alguna cosa más augusta que el cristianismo. No; la Venus de los *templos* no es más augusta que la Virgen María de las *iglesias*; el arte de las bodas y de los festines no es más augusto que el arte de las lágrimas y del perdón; el arte de la fantasía y del placer no es más augusto

que el arte sencillo y sublime de la paciencia y del dolor.

Nos parece que el pasaje que hemos copiado no está en completo acuerdo con el espíritu de la historia y con el espíritu de la moral cristiana.

En el mismo libro se dice: «es necesario presentarse con respeto y veneración en los *templos*, y pensar continuamente que se halla uno delante de la divinidad.»

Nosotros creemos que el presentarse con respeto y veneración debe hacerse tratándose de un *templo* como tratándose de una *iglesia*, lo mismo que tratándose de una *catedral*, de una *basílica*, de un oratorio, de una capilla, de cualquier santuario, porque creemos que no es permitido á ninguna persona cristiana el presentarse sin veneración y respeto en un lugar de adoración y culto, en un lugar sagrado, en lo que se llama muy propiamente la casa de Dios.

Nos parece que al recomendar que nos presentemos con veneración en los *templos* no se atribuye á esta palabra ninguna significación característica, puesto que lo mismo podría decirse de cualquier lugar religioso.

Acerca de que debemos pensar continuamente que nos hallamos en presencia de la Divinidad, volvemos á decir que si nos encontramos en el *templo* de Marte ó de Venus, porque Marte y Venus pueden tener *templos*, y no solamente los pueden tener sino que en efecto los han tenido, ningún cristiano debe pensar que se encuentra delante de Dios, cuando está delante de Venus ó de Marte.

De modo que si atribuimos á las palabras *templo* é *iglesia* el sentido que realmente tienen en nuestra lengua, en la historia, en la filosofía, en el arte y en la moral de Jesucristo, se hallará positivamente que el cristiano debe presentarse con más veneración en la *iglesia* que en el *templo*, si cabe establecer órdenes jerárquicos

en la emoción de nuestra fe. ¿Por qué razón? Porque el *templo* es gentil y la *iglesia* es cristiana; porque hallándonos en un *templo*, podemos pensar en Apolo; mientras que hallándonos en una *iglesia* no podemos pensar sino en Dios.

Nosotros no hemos pisado nunca sin veneración las ruinas de una *iglesia*, y sin veneración hemos pisado muchas veces las estatuas rotas de un edificio que se llama *templo*, porque *templo* se llama el edificio consagrado á la Concordia.

En el mismo tratado leemos: «*templo* se dice en sentido figurado; *iglesia* no se dice más que en sentido propio. Se dice que el espíritu y el corazón son los *templos* de la Divinidad; aquellos son los puntos en que principalmente quiere ésta que la veneren.»

Nosotros contestamos que la voz *templo*, *templum* en latín, contracción de *tempulum*, designaba primitivamente el espacio libre del cielo; puesto que todo el cielo podía servir á las observaciones del augur, el cual lo dividía después según los ritos, trazando en el aire diferentes líneas con su vara, y de este origen procede el verbo *contemplar*, *contemplari* en latín. *Contemplar*, pues, no es otra cosa que mirar el *templo* celeste.

De manera que el *templo* era el espacio que el augur marcaba en el aire, cual si hubiese de ser una especie de observatorio para los augurios.

Esto explica lo que dice San Isidoro en sus Orígenes, acerca de que los antiguos llamaban *templos* á todos los lugares de gran extensión: *pro locis enim quibuscumque magnis antiqui TEMPLA dicebant*.

Esto explica también el que los latinos diesen la denominación de *templo* á todas las grandes extensiones, como la del mar, la del espacio, la de la creación entera.

Así dice el poeta Lucrecio: *coeli lucida TEMPLA*: los luminosos *templos* del cielo.

Y en otro lugar: *mundi magnum et versatile templum*: el grande y vario templo del mundo.

Después el augur trazó en el suelo las mismas líneas que antes describía en el aire, y la palabra *templo* se aplicó entonces á designar el circuito trazado en tierra por el bastón del sacerdote gentil, no sólo para examinar el templo del cielo, como sucedió primitivamente, sino para cualquiera otro objeto religioso.

Después significó un edificio público, como la *curia*, el *tribunal*; y por último, la morada de un Dios; y así se decía *templo* de la Concordia, *templo* de la Paz, *templo* de la Guerra, porque todos estos nombres abstractos eran deidades de aquella fábula.

El mundo cristiano recibió finalmente la voz *templo* aplicándola á significar la idea genérica de *iglesia* ó santuario; pero al recibir la civilización del Evangelio la palabra que nos ocupa, tuvo que recibirla con su pasado, con su tradición, y su tradición era el gentilismo, la mitología, la figura. Al decir nosotros que el sabio camina hacia el templo de la inmortalidad, ó que el espíritu del hombre es el templo en que Dios quiere ser adorado, no dimos á la palabra *templo* ningún sentido metafórico, ninguna significación figurada, porque tan figurado es levantar un templo á la Concordia como decir que el sabio camina hacia el templo de la inmortalidad. ¿Qué mayor imagen, qué mayor metáfora, qué mayor figura que levantar un templo á la fama ó á la belleza, convirtiéndolo en entidad divina una virtud humana? ¿Qué diferencia metafórica puede hallar un sano criterio entre dar un templo á la inmortalidad del sabio, y dar otro templo á la gloria de Venus ó de Apolo?

Volvemos á decir que la civilización del cristianismo no dió al nombre *templo* ningún sentido metafórico, porque no puede darse nada metafó-

rico á lo que es ya metáfora. Nosotros no hicimos otra cosa que dar formas nuevas á la figura, porque la figura venía con aquella palabra, creación de la fábula gentil. Extendimos la mitología de la voz; la espiritualizamos hasta cierto punto, destinándola á significar una poesía de conciencia, la poesía moral, la poesía cristiana, pero no creamos la mitología de aquel término; es decir, no le dimos ningún sentido figurado, porque copiar figuras no es dar acepciones figuradas.

Parécenos haber demostrado la verdad de que el mundo cristiano, convirtiéndolo nuestro corazón y nuestro espíritu en templos de Dios, no hizo otra cosa que admitir el espíritu de la fábula que había dado templos á la hermosura, á la paz, á la guerra, á la fama, á la gloria y al arte. Si así puede decirse, el cristianismo encendió las hachas que el muerto traía; nada más.

En cuanto á la palabra *iglesia*, conviene saber que procede del griego *ekklesia*, que significa ayuntamiento, junta, comunión, como voz derivada del verbo *ekkaleō*, que quiere decir yo congreso, yo llamo; de donde se origina *eclesiarca*, pastor ó jefe de una *iglesia*, y *eclesiástico*, *ekklesiastikos* en griego, derivado de *ekklesiastēs*, que significa yo predico.

Este es el sentido propio y genuino de la voz *iglesia*, único en que nosotros no la hemos usado jamás.

Advirtiéndose luego que los fieles se reunían en el santuario, que allí se congregaban, que allí constituían una *ekklesia*; es decir, una comunión, una grey, el nombre *iglesia* pasó á significar el lugar sagrado, tomándose el continente por el contenido, puesto que el santuario contenía á los fieles que allí se congregaban.

Este fué el primer sentido figurado de la palabra *iglesia*.

Después se aplicó sabiamente á expresar la asamblea de los fieles, la grey cristiana, asociando la idea de

dogma y de gobierno, y éste fué otro sentido figurado de la palabra que nos ocupa. Así decimos: la *iglesia* de Cristo, la *iglesia* católica, la *iglesia* universal, los mandamientos de la *iglesia*, la disciplina *eclesiástica*.

Después se aplicó á significar toda serie, toda división, todo grupo, y esto fué otro sentido figurado que se dió á la palabra en cuestión. Así decimos: la *iglesia* griega, la *iglesia* latina, la *iglesia* de Occidente, la *iglesia* de Constantinopla.

Y tan cierto es esto que se llamó *iglesia* á la reunión de los fieles que se hallaban bajo el gobierno de una diócesis, viniendo á expresar una idea muy semejante á la de mitra ú obispado. Así decimos: la *iglesia* de Astorga, la *iglesia* de Urgel, la de Toledo, la de Mallorca, la de Aragón.

Después se unieron al nombre de *iglesia* las ideas de estado futuro y de santidad que han de dominar necesariamente en el pensamiento de una religión, y se llamó *iglesia* triunfante ó la asamblea de los santos en el cielo, por contraposición á la *iglesia* militante, que era la asamblea ó el catolicismo de los cristianos en la tierra. Este sentido teológico, esta jerarquía dogmática, fué otro sentido figurado que se dió á la voz de que hablamos, sin contar otros muchos cuya enumeración no es necesaria.

Hallamos, pues, que el cristianismo no dió ningún sentido figurado á la voz *templo* y que no ha usado nunca en sentido propio la palabra *iglesia*. De manera que lo que se dice en la obra citada acerca de que *templo* se emplea en sentido figurado y de que *iglesia* no se dice más que en sentido propio, es evidentemente contrario á la historia de aquellas voces. Precisamente sucede al revés.

Veamos ahora en qué se diferencian las cuatro voces que van al frente de estas líneas.

Ya hemos dicho que *templo* es un sincopado del antiguo *templum*, que

tiene por raíz el griego *temnō*, que quiere decir yo corto, yo divido, puesto que el augur, al describir las líneas en el aire, dividía ó cortaba el espacio.

Por consecuencia, *templo* significa corte ó división; era una división del cielo, de la naturaleza, del mundo.

Nótese que la raíz de *templo* es la misma que la de *tiempo*, puesto que el tiempo se consideró por los antiguos como un corte de la duración absoluta, ó como si dijéramos una división de la eternidad.

Si ahora calculamos que el *templo* se distinguía de todos los lugares y monumentos religiosos de los antiguos en que había de tener una grande extensión, en que había de ser magnífico, con dependencias y bosques sagrados, encontraremos indudablemente el carácter propio de esta voz.

La palabra *templo*, limitación del mar, del cielo, del espacio, de todo el orbe, conserva algo de la grandeza mitológica de su origen, de su esplendidez primitiva.

Templo es un santuario grande, brillante, artístico, ateniense; un santuario, creación del genio, no de la conciencia; creación de la fantasía y del entusiasmo, no del espíritu y de la fe.

El *templo* es un santuario casi fabuloso, cuya deidad puede ser la gloria, la ciencia, la virtud, la sabiduría, el triunfo.

El *templo*, aun espiritualizado por la santa moral evangélica, es una herencia de la idolatría y del politeísmo.

La *iglesia* puede ser pequeña lo mismo que grande, alta como baja, gótica como bizantina, toscana ó griega.

La *iglesia* no saca su sentido de la forma, como el *templo* que significa división, que significa forma, porque dividir ó cortar es dar formas nuevas: la *iglesia* no saca su sentido de la ar-

quitectura, de la piedra, del espacio, del arte, como el *templo*, sino de su destino, de sus memorias, de sus creencias, de sus martirios y de sus dolores.

La *iglesia* no es mármol, es hogar. La *iglesia* no es pompa, es homenaje.

La *iglesia* es el pensamiento cristiano que hace una grey de la gente cristiana, aunque sea entre las tinieblas de las catacumbas, porque las catacumbas fueron las *iglesias* primitivas, porque las catacumbas son también buenas para entonar un himno y morir por la fe.

La *iglesia* es Jesucristo, es el Evangelio, es el Gólgota, es la redención, es la segunda humanidad, es la humanidad del espíritu.

Y ¿con qué fundamento se dice que la palabra *iglesia* no se emplea más que en sentido propio? ¿Pues qué son estos modos de hablar sino figuras? ¿Qué es el nombre *iglesia* sino la figura móvil de la cruz, que viaja por todo el mundo y llena la historia? ¿Qué es el nombre *iglesia* sino la figura colosal é inspirada del mundo cristiano? ¿Qué es la *iglesia* sino la cristiandad que acude todas las mañanas á la casa de nuestro Salvador para llorar por el pecado de los judíos? ¿Qué es la *iglesia* sino la figura visible de las horas sagradas del Monte Calvario?

De una sepultura nace otra creación. Y ¿qué es la *iglesia* de los cristianos sino la figura triunfante de aquella creación maravillosa? Y ¿podrá decirse que *templo* significa alguna cosa más augusta que *iglesia*?

Imploramos mil veces la indulgencia de los distinguidos escritores á quienes tenemos el honor de aludir, sobre todo cuando nos consta que algunos de ellos son ya inviolables, porque inviolable es toda memoria custodiada por la Providencia en el silencio de un sepulcro; pedimos mil perdones á las cenizas de los que han

muerto, y á la hidalguía de los que viven; pero no hemos hallado en todo el artículo *templo* é *iglesia* una sola palabra que tienda á descifrar el sinónimo, puesto que no hemos hallado una sola palabra que tienda á distinguir y caracterizar aquellas voces.

Catedral viene del griego *kathedra*, que equivale á *cadira*, silla, sede ó asiento.

La *catedral* es como la *sede* ó la *cadira* de las demás *iglesias*; la *metrópoli*, la *iglesia* canónica.

Basilica viene de *basiliscus*, diminuto de *basileus*, que significa rey. De manera que *basiliscus*, *basiliskos* en griego, quiere decir pequeño rey ó reyezuelo, como el *regulus* de los latinos.

Por lo tanto, *basilica* significa casa real, y por extensión *templo* principal, suntuoso, rico, jerárquico. La *basilica* es un magnate que da á Dios su alcázar.

Explanadas así las cosas, nos parece que la distinción de las cuatro voces del artículo no debe ofrecer dificultad alguna.

El *templo* es grande.

La *iglesia*, creyente.

La *catedral*, dogmática.

La *basilica*, regia.

De manera que el *templo* admira.

La *iglesia* adora.

La *catedral* impone.

La *basilica* deslumbra.

En donde quiera que haya cuatro paredes, un techo, un altar, un campanario, una cruz y un poco de incienso, habrá una *iglesia*.

El Panteón de París, dedicado á la memoria de los grandes hombres de aquella nación, es un *templo*.

La *iglesia* de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, de Santiago, es una *catedral*.

La *iglesia* de San Pedro en Roma es una *basilica*.

Terminamos diciendo que la significación etimológica de las cuatro voces del artículo es la siguiente:

Templo quiere decir división.

Iglesia, asamblea.

Catedral, asiento.

Basilica, palacio.

Temporal, temporero.

Ambas palabras se derivan del griego *temnō*, que significa dividir, porque el *tiempo* se divide en épocas, edades, siglos, años, meses, quincenas, décadas, semanas, días, horas, minutos y segundos. El *tiempo* es la gran división de la vida.

Temporal se refiere al *tiempo* considerado como un término opuesto á la eternidad.

Temporero se refiere al tiempo considerado como oportunidad, como parte, como limitación, como elemento de trabajo.

Así decimos: en donde termina la vida *temporal* da principio la vida eterna.

Nada más absurdo que decir: en donde principia la vida *temporera* da principio la vida eterna.

Así decimos del mismo modo: guarda *temporero*, trabajadores *temporeros*, que son los que trabajan durante una estación, la estación propia de la industria de que se trata.

Nada más repugnante que decir: guarda *temporal*, trabajadores *temporales*, porque trabajadores *temporales* somos todos los hombres.

Lo *temporal* es el mundo, la vida, la existencia.

Lo *temporero* es un período, una sazón, una *temporada*.

Temporal se origina de *tiempo*, de donde nace *temporalmente*.

Temporero se origina de *temporada*, de donde nace *temporeramente*.

Tenaz, terco.

Lo *tenaz* está en el carácter; lo *terco*, en la conducta.

El hombre que *alterca* por temperamento ó por disposición de su ánimo; el hombre que nace con esa propen-

sión, con ese instinto de su naturaleza, con ese hábito de su voluntad, si así puede decirse, es *tenaz*.

El hombre que *alterca*, el que ejecuta un hecho que se llama *altercado*, es *terco*.

Supongamos que un individuo tiene el instinto de *altercar*, que ha recibido esa especie de achaque de su naturaleza; pero que por respetos á un superior, á un padre, á una mujer amada; acaso por enfermedad ó tristeza, no lleva adelante un *altercado*.

Teniendo la disposición natural é inevitable de *altercar*, es *tenaz*.

No llevando adelante un *altercado*, no es *terco*.

Por el contrario, un hombre que no *alterca* por carácter ó por instinto, se ofusca una vez y no ceja por cuanto hay en su *altercado*.

No siendo *altercador* por carácter, por una necesidad de su espíritu, no es *tenaz*.

No cejando en el *altercado*, es *terco*.

De modo que los hombres pueden ser *tercos* sin ser *tenaces*, así como *tenaces* sin ser *tercos*.

La disposición los hace *tenaces*; la conducta los hace *tercos*.

La *tenacidad* es naturaleza; la *terquedad* es hábito.

Teológico, teologal.

Ambas palabras se componen de dos voces griegas: de *Theós*, que significa Dios, y de *lógos* que equivale á razón, discurso, verbo, palabra, obra, tratado.

El *Theós* griego entra en muchos nombres de nuestro idioma, tales como ateo, ateísta, apoteosis, entusiasmo, panteón, panteísmo, politeísmo, teocracia, teogonía, teodicea, teosofía. También entra en diferentes nombres propios, como en Teobaldo, Teodoro, Doroteo, Timoteo, Teófilo, Teodosio.

El *lógos*, de donde procede el verbo *loquor*, *loquí* de los latinos, entra tam-